



I.

PRINCIPIOS DE LA EDAD MODERNA Y DE LA ARMADA ESPAÑOLA.

1476-1500.

Guerra de consolidación.—Sitio de Fuenterrabia.—El almirante francés Colón derrotado.—Corsarios.—Mosen Diego de Valera.—Su memorial.—Mala administración.—Motines por consecuencia.—Excelentes condiciones del soldado y del marinero.—Guerra de Italia.—Notables instrucciones del Rey á Gonzalo Fernández de Córdoba.—Galcerán de Requesens.—Menaldo Guerra y Antonio de Centellas.—Vuelta de la expedición vencedora á España.



PLANTEADA que fué en política la cuestión de amalgamarse dos de las entidades que se dividían la península española, por consecuencia del matrimonio de D.^a Isabel, primera del nombre en la sucesión del solio de Castilla, con D. Fernando, rey de Sicilia y presunto heredero de la Corona de Aragón, los recelos que en Europa despertaba la reconcentración de un pueblo hasta entonces fraccionado en nacionalidades émulas, y la ambición en las vecinas de Portugal y Francia, deseosas de restar en provecho propio alguna parte del territorio, dieron pábulo á las rencillas que en el interior se oponían no menos á la consolidación de nuevo estado y poderío real, contrario al que por los feudos se repartían los señores, encendiendo la guerra de sucesión á que servía de bandera el derecho de la Princesa, puesto en duda.

En la mar sostuvieron los títulos de los consortes, naves que hasta entonces habían arbolado banderas distintas; naves



de Sicilia, de Castilla y de Aragón, depuesta la rivalidad añeja ¹. Con escuadra organizada en los puertos del Cantábrico, arrojó de sus costas el capitán Ladrón de Guevara á la armada francesa, traída de Normandía por el almirante Cullán ó Colón para estrechar el sitio de Fuenterrabía, donde fracasó lo mismo que en Bermeo, Rivadeo y pueblos de Galicia ². Con carabelas de armadores andaluces estuvieron en jaque los puertos de Portugal y los de la Mina de Africa; con galeras valencianas y de Cataluña se vigiló el Estrecho de Gibraltar, paso obligado del comercio universal y lugar de diversión en tierras beréberes. La iniciativa de los mareantes extendió el teatro de acción de naos gruesas á las aguas de Italia y de Grecia, á las de Flandes y Bretaña, como siempre doquiera fueran las enemigas ó hubiera ganancia que lograr, significándose muchos por el atrevimiento de las jornadas con que servían al progreso de las armas reales.

Mientan las relaciones del tiempo á un Sancho de Jares, vizcaíno (y dicho está que con este apelativo se designaba, en general, á todos los marineros del golfo de Cantabria), que de acuerdo con otros corsarios catalanes, espumaba las aguas italianas ³, y hacen, asimismo, memoria del esforzado caballero, poeta, historiador, moralista, autor del *Tratado de los rieptos y desafíos* y del *Memorial de diversas fazañas*, como uno de los varios de su clase que se complacían y aprovechaban en las empresas marítimas, confirmándolo las epístolas dirigidas al rey D. Fernando y á otras personas de la Corte ⁴.

En una de ellas, fecha á 17 de Agosto de 1476, refería extensamente la batalla naval reñida sobre el cabo de Santa Maria entre la armada franco-portuguesa de Colón y las naves de Génova que habían salido de Cádiz con destino á Flandes, con pormenores de importancia suma, pues noticia

¹ V. Fernández Duro, *La Marina de Castilla*. Madrid, 1894. Cap. xiv.

² Alberto Salvagnini, *Cristoforo Colombo e i corsari Colombo suoi contemporani. Raccolta della commissione colombiana*. Roma, 1894.

³ «*Santium de Jares biscainum et alios piratas catalanes.*» Documento publicado por el Sr. Salvagnini en la obra citada.

⁴ *Epístolas de Mosen Diego de Valera*, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos españoles. Madrid, 1878.



que el almirante francés, tras de su campaña desdichada en Galicia, había rehecho las fuerzas reuniendo catorce naos grandes y embarcando en ellas un cuerpo de soldados de Portugal con el que se proponía correr la costa de España en el Mediterráneo y destruir las embarcaciones, lo que pudiera hacer, pues que no había elementos que oponerle; más la codicia le instigó al ataque de la flota genovesa, sin respeto á la paz subsistente con aquella república, y como quiera que del porfiado combate durante nueve horas, resultó el incendio y destrucción de cinco de los bajeles franceses, con muerte de más de cinco mil hombres, fracasando la expedición, vinieron á quedar beneficiados los reyes de Castilla, toda vez que sin intervenir, se vieron libres del peligro amenazante ¹.

La gestión é inteligencia marinera de Valera acreditan las epístolas sucesivas en que aconsejaba á los Reyes la buena y constante guarda del Estrecho de Gibraltar con escuadra provista, para lo que convendría, en su opinión, traer de Bretaña maestros de artillería y minadores, por haberlos allí más prácticos que en parte alguna; requerir á genoveses y venecianos que no favorecieran á los moros; poner sitio á Málaga, é ir ganando sucesivamente los puertos de mar del reino de Granada.

A propósito refería que de cuenta propia armó las dos carabelas llevadas por su hijo Charles al encuentro de la nao portuguesa *Borralla*, juntas con las galeras del conde de Pallares, las de mosén Alvaro de Nava y la nao vizcaína *La Zumaya*, triunfantes en el Estrecho ².

Mandáronle los Reyes hacer memorial ó instrucción de lo necesario para organizar la armada del Estrecho; documento de utilidad al presente para conocer los usos establecidos al empezar la época moderna, saliendo de la Edad Me-

¹ Lo advirtió el rey D. Fernando por lo que se deduce de la carta escrita en Victoria á 7 de Septiembre, publicada con las de Valera.

² *La Marina de Castilla*, cap. XIV ya citado. Valera cuenta que, á ruego suyo, se incorporó el maestre vizcaíno (el guipuzcoano Mendaro), que murió en el combate, con 10 más, pasando de 30 los heridos. Tomaron á la *Borralla*, que incendiaron, y á una carraca genovesa.



dia. Debían componer esta armada, á su juicio, dos carracas de á 500 toneles arriba; dos naos de á 250; dos balleneras de 60 á 80; seis carabelas latinas, y durante el verano, cuatro galeotas por apéndice. Participando de las ideas dominantes ya en el tiempo, creía inconvenientes las galeras por ser muy costosas y de poco provecho en invierno, y tenía en cuenta que los moros solían pasar, bien en navíos venecianos ó genoveses, bien en embarcaciones ligeras suyas, y pensaba ser lo mejor para cazarlas, naves y carabelas. El gasto, según la *costumbre de las Comunidades*, apuntaba como sigue:

«Para ser armado cualquier navío de 50 toneles arriba, se da un hombre por cada tonel, e dende abajo, por dos toneles, tres hombres.

»La paga:

»A los marineros se acostumbra dar dos doblas castellanas a cada uno por un mes. A los maestros é pilotos, a cada uno tanto como a dos marineros; a los contra maestros, a cada uno tanto como a marínero y medio; a los hombres d'armas e grumetes, el tercio menos que a los marineros. Al Capitán general se suele dar según la copia de navíos que lleva en su compañía, porque a él conviene mucho gastar con todos los capitanes e maestros e pilotos que van debajo de su capitania, que han de necesario de reunir a consejo a la nao capitana, e otros gastos extraordinarios que de cuenta le conviene faser, porque representa la persona del Almirante, el cual es presidente en la mar e tiene e debe tener vuestro entero poder, así para faser justicia, como para decidir o determinar cualesquiera debate que haya.

»Los mantenimientos se acostumbran dar en esta guisa:

»A cada hombre, por día, una libra de biscocho e una azumbre de vino, e de carne e pescado, a tres hombres dos libras; como quiera que algunas veces pueden pasar con queso o cebollas e legumbres, e semejantes cosas de que los navíos deben ir siempre mucho fornecidos, no olvidando el aceite e vinagre, que son dos cosas mucho necesarias en la mar, por que los viajes de la mar son muy dubdosos, e a las veces son más largos de cuanto los hombres piensan, e por



eso conviene que siempre tengan algunas vituallas demasiadas.

»E para que la dicha armada se gobierne como cumple a vuestro servicio, conviene que mande al Capitan general que busque tres ó cuatro pilotos discretos e mucho experimentados en las cosas de la mar, los cuales lleve consigo en la nave capitana, con consejo de los cuales gobierne toda la armada, a los cuales vuestra Serenidad debe mucho mandar honrar e bien pagar, porque en el buen consejo está el mayor bien de toda la armada.

»Lo segundo, que los capitanes que ovieren de ir en cada uno de los dichos navíos sean tomados y escogidos por el Capitan general, porque sean hombres acostumbrados de la mar e tengan experiencia de las cosas dél, porque muchas veces demandan estas capitanías hombres que piensan ser suficientes para ello, e aunque para otras cosas valan mucho, para la mar valen poco, e cuando en el caso se hallan, querrian no haber tomado tal cargo.

»E porque, muy poderosos Príncipes, esta armada vaya en el orden que debe, conviene que determine V. A. para cuánto tiempo la quiere armar, e fecha la cuenta segun dicho es, e visto lo que suma, debe mandar poner todo el pan e dinero que montare en poder de una persona fiable que lo tenga todo en Sevilla ó Jerez, e de tres en tres meses provea la flota e pague la gente en dinero contado, e dé las vituallas como dicho es, entregándolo todo por ante escribano á cada uno de los capitanes de los navíos que así ovieren de ir en la flota. En cada uno de los cuales V. A. debe mandar ir un escribano que dé fe de las presas que se ficieren, e de todas las cosas como pasaren, por tal manera, que V. A. no resciba daño e cada uno haya lo que de derecho le pertenezca.

»E para armar los dichos navíos, pareceria se debe tener esta forma: que escogidos los capitanes de los otros navíos por el Capitan general, a cada uno se debe dar cargo de armar el navío que ha de levar, porque si a uno solo se diese cargo de armar todos estos navíos, seria cosa muy dificil, e



segun la diferencia que hay de los unos navios a los otros' cuando los unos fueren armados, los otros habrian comido la panática. E para esto conviene, que como cada un navío fuere armado, luego haga vela e se ponga en el Estrecho, donde le fuere mandado por el Capitan general, porque siempre haya algunos navios que guarden el Estrecho.»

Excelentes principios para el tiempo, á consentir el establecimiento y práctica efectiva los recursos del pais, inferiores con mucho á las necesidades que se iban creando. Andaba escaso y en aventura el dinero, nervio de la guerra, y como ésta se impusiera por los acontecimientos, al salir de la Península las huestes para hollar el mundo viejo y el descubierta en el hemisferio occidental, prevalecieron en la administración los hábitos adquiridos en tantos años de batallar en las fronteras de los moros. Hacíase la gente por enganche; marchaba por tierra ó mar precipitadamente, sin ninguna prevención; sin ropa, sin raciones, sin armas suficientes siquiera, obligada á vivir sobre el pais enemigo á manera de langosta, hasta que llegando á ser intolerables los trabajos, unidos á la privación ó á la estrechez, rompía el motín la disciplina.

Satisfechos los atrasos en junto bajo la presión de lá fuerza, fomentábanse por otro lado los vicios que nacen de la prodigalidad, creando el desorden un sistema opuesto á las buenas teorías de mosén Diego.

No de otro modo salieron de los puertos las setenta naves llegadas tarde al socorro de Otranto, ó las expediciones á Bretaña; y á pesar de todo, hubo en mar y tierra soldados que, una vez acabada la contienda de la sucesión y sometido el reino de Granada, con la sobriedad, la resistencia, el arrojo, condiciones geniales, ganaron en el exterior fama de incomparables, con hechos maravillosos de grata recordación.

En los momentos en que por principio de esta serie iban á figurar, fijaban la atención de Europa las regiones de Italia codiciadas por su lugar y su importancia. Imperaba en Florencia la familia magnífica de los Médicis; Luis Sforza regia



el ducado de Milán; en Napoles reinaba Fernando I, hijo de D. Alfonso V de Aragón, y Rodrigo de Borja, español, tenía las llaves de San Pedro, con título de Alejandro, Papa VI.

Carlos VIII, que había sucedido en Francia á su padre Luis XI, reverdeció las pretensiones de la casa de Anjou á la corona de Nápoles, estimulado por el milanés, que disponía de Génova, comenzando los preparativos de invasión á tiempo que ocurría el fallecimiento de Fernando y era proclamado su hijo Alfonso II (1494).

Don Fernando de Aragón estaba obligado á mirar por los intereses de la rama napolitana de su familia, aunque no afectara á los suyos propios la intrusión de extraña gente en las fronteras de Sicilia.

Declaróse, por tanto, en oposición, contando con la aquiescencia del Papa y de Florencia y la neutralidad de Venecia, pero no con el poco ánimo de los que más lo habían menester, de los napolitanos, que, sin resistencia, consintieron la entrada del ejército francés en la capital y la coronación de Carlos VIII con insignias imperiales.

Mientras negociaba concurso eficaz, consiguiendo las firmas del tratado de Liga de Venecia, aceptado por esta república, por Austria y Roma (el 31 de Marzo de 1595), hecha convocatoria en los puertos de Cantabria y Galicia, se disponían en Cartagena y Alicante hasta sesenta naves y veinte leños, formando escuadra á las órdenes de Galcerán de Requesens, conde de Trivento, general de las galeras ordinarias de Sicilia, y embarcaban seis mil hombres de á pie y seiscientos jinetes, teniendo por cabeza á Gonzalo Fernández de Córdoba, elegido entre los buenos capitanes de la guerra de Granada para aquella expedición, en que, por mejor, había de merecer el dictado de Gran Capitán ¹.

Hízose la travesía con malos tiempos, dividida la armada

¹ Zurita, *Historia del rey D. Hernando*; Alonso de Estanques (de Santa Cruz), *Crónica de los Reyes Católicos*; Lorenzo de Padilla, *Crónica de Felipe I*; Francisco Guicciardini, *Historia d'Italia*; Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*; *Crónica del Gran Capitán*.



en dos grupos principales: el de la vanguardia, dirigido por Requesens, llegó primero á Sicilia; el otro, en que iba Gonzalo de Córdoba, tocó en Mallorca y Cerdeña, reuniéndose en Mesina el 24 de Mayo. Allí se encontraba el rey despo-seído, D. Alfonso, que, habiendo abdicado en favor de su hijo Fernando II, recibió con alegría á los expedicionarios, agasajados por el pueblo y por muchos aventureros que se agregaron voluntarios á las filas.

Iniciada sin pérdida de tiempo la campaña ¹, pasó la flota al extremo meridional de Calabria, ocupando de seguida la plaza de Reggio y una á una las inmediatas. Hallaron los españoles en el carácter voluble de los napolitanos y en la ve-jación que de los franceses habían sufrido durante el corto espacio de su dominio, elementos aprovechables en apoyo de su escasa fuerza numérica. Así, aunque el rey D. Fernando fué derrotado en Seminara, presentándose en el golfo de Nápoles el almirante Requesens, como el lugarteniente de Carlos VIII, duque de Montpensier, saliera de las mura-llas con intención de oponerse al desembarco, se alzó el pueblo tocando á rebato en favor de su legítimo Rey, y los pocos franceses que habían quedado en la ciudad tuvieron que encerrarse en los castillos *Nuevo* y *del Huevo*. Cinco naves, cuatro galeras y una galeota con que contaban, se re-fugiaron bajo las baterías.

Á poco apareció escuadra más considerable, trayendo M. de Arban un socorro de dos mil hombres y cantidad de vitualla, pero no osando medirse con las galeras de Reque-sens, retrocedió á Liorna, donde se deshizo la gente, vién-dose obligado Montpensier á retirarse hacia Salerno con la que le quedaba. Rindiéronse, por consecuencia, los castillos de Nápoles, quedando á los franceses las plazas fuertes de Gaeta y de Tarento con alguna otra de menos importancia,

¹ Las instrucciones del Rey decían á Gonzalo Fernández de Córdoba: «La armada que lleva los peones de Galicia y Asturias es partida, y el Visorrey ayudara y hará que los de Sicilia ayuden. Habeos en esa jornada como quien sois y como de vos confiamos, y escribidnos lo que sucediere. Vos habeis de tener cargo de lo de tierra y el Conde (de Trivento) de lo de la mar, como agora vos dijimos.» *Dirección de Hidrografía. Colección Vargas Ponce*, leg. 11, núm. 31.



esperanzados todavía de refuerzos, que no recibieron, ó de ocurrencias imprevistas: la muerte del rey D. Fernando, por ejemplo, sucedido por su tío D. Fadrique. Requesens bloqueó de seguida á Gaeta con cuatro carracas y cinco naos, manteniéndose en crucero mar afuera Miguel Ferrer con otras cuatro, una carabela y dos galeras, con objeto de interceptar los socorros, como lo hizo, apresando á la nave genovesa *Madalena* con trescientos soldados y cargamento de harina.

Ayudaban los venecianos con diez galeras á las seis que estaban especialmente destinadas á la guarda de Sicilia, extendiendo todas juntas la vigilancia á los puertos de Génova y de Provenza de donde podían salir auxilios franceses, y salían en efecto, reuniendo en ocasión hasta quince naos gruesas y siete menores; nunca pensaron con todo elló en tener encuentro serio en la mar, reconociéndose inferiores.

Contra los franceses se declaró enemigo más terrible que los beligerantes, la peste, de que fué víctima el Duque de Montpensier con muchos de sus soldados, contribuyendo el azote á la conclusión de la campaña deslucida que les cupo en suerte. De aquel brillante ejército que atravesó los Apeninos ganoso de gloria, pocos volvieron á su país, afligiéndoles por tantas maneras la fortuna como se vió en la capitulación de Gaeta, por cuyos términos se consentía á la guarnición llevar consigo los objetos de su pertenencia. Habiéndolos embarcado en dos naos grandes, dieron al través con temporal en Terracina, perdiendo en el naufragio la plata de las iglesias, acaparada con muchas cosas de valor, á ejemplo de su rey Carlos VIII cuando sacó de Nápoles las joyas y obras de arte que cayeron en manos de corsarios pisanos y vizcaínos ¹.

Quedaba poco que hacer á Gonzalo para consolidar la herencia de D. Fadrique, desembarazada de los extraños; reconcentró, por tanto, la hueste con propósito de disolverla, como lo hiciera á no instarle el Papa contra la opresión ejer-

¹ *La Marina de Castilla*, capítulo citado.



cida por un Menaldo Guerra, aventurero apoderado del puerto y castillo de Ostia, desde el cual, con bandera francesa, cerraba el Tiber y ponía á contribución á Roma y su campiña, no consintiendo el acceso de víveres ni mercancías, con burla de las bandas enviadas por Alejandro VI.

Menaldo Guerra, vizcaino ¹, era uno de tantos corsarios atraídos por los desórdenes de Italia, á pesar de la absoluta prohibición y severas penas señaladas recientemente por el rey D. Fernando ², corsarios que sirvieron á los fines de la expedición española, en general, aunque con excepciones como la presente; prueba clara de que procuraban ante todo su conveniencia.

Otro tal parece D. Antonio de Centellas, valenciano de sangre noble que por casamiento fué Marqués de Cotrón ó Cotrone, favorecedor del partido francés tan pronto como vió que su ciudad y marquesado eran del número de las prendas afianzadas por Gonzalo para el pago de los gastos de la guerra. Éste, concluida la campaña, siguió corseando contra los turcos hasta caer en sus manos y sufrir en Constantinopla la suerte de los vencidos ³.

Menaldo resistió por de pronto á las intimaciones de Gonzalo de Córdoba; no así al asalto de sus soldados que tomaron el castillo de Ostia, haciéndole prisionero con oferta de la vida. Llevado á Roma ⁴, cesó la angustia de la ciudad, complacida con tributar al general español los honores del triunfo. El Pontífice le galardonó con la Rosa de Oro, prenda

¹ Zurita, con el poeta Cantalicio, le creyó francés, nombrándole *Menaud de Guerry*; también le estimó de la nación cuya bandera sostenía, Alonso de Santa Cruz, denominándole *Menaos*; D. Martín de los Heros dilucidó el punto consultando á Costo, Collenucio y autores contemporáneos de la localidad, que le tenían por famoso pirata, navarro ó vizcaino, camarada de Pedro Navarro y de tantos como entonces aparecieron.

² Don Fernando abolió para siempre el corso en sus Estados, por pragmática sanción fechada en Valladolid á 12 de Enero de 1483, sometiendo á los que lo ejercieran á los procedimientos criminal y civil, con pena de perdimiento de bienes y otras arbitrarias que se reservó. Véase Apéndice núm. 1.

³ Cortáronle la cabeza, según Zurita y el citado D. Martín de los Heros, con testimonio de Tristani Caraccioli y varios más.

⁴ Dicese que entró sobre un caballo negro, cortada su barba blanca; era, pues, hombre de edad.



honorífica destinada á premiar grandes servicios á la Iglesia ó á la cristiandad.

Definitivamente acabada la empresa, de todo punto sosegado el reino de D. Fadrique, embarcó Gonzalo dando vuelta á la patria con la armada. En menos de tres años habia cambiado su capacidad la faz del territorio; vencido á un enemigo poderoso; luchado con dificultades, entre las que no fué pequeña la falta de recursos; contribuido, en primer término, al ajuste de treguas con Francia, y aun á la concesión del título de *Católicos* á los Reyes de España.

A la armada faltaron ocasiones de lucimiento, no teniendo los franceses flota que oponer. El servicio se limitó á lo más penoso: á la provisión de víveres y comunicaciones del ejército ante todo; al auxilio en desembarcos y flanqueos por la costa; á la cooperación en el ataque de plazas marítimas, y al bloqueo de las cercadas, impidiendo socorro exterior, operaciones peligrosas, difíciles y de que depende en muchos casos el éxito, pero de las que no se hace cuenta ni mención una vez conseguido aquél.

Confirmó su crédito de buen marinero Galcerán de Requesens, conde de Trivento, presente en las principales acciones, sin tener que sentir de los tiempos ó de los enemigos merma que se apuntara.

